

Ideas y hechos de nuestro ambiente

Muchas veces se ha dicho que en la antigüedad pagana la personalidad del hombre se hallaba como mutilada y rebajada; que la sociedad absorbía al individuo, entrometiéndose en todas sus cosas, como si la razón pública quisiera suplir el defecto de la razón privada.

A estos rasgos de la vida antigua opone Balmes los del hombre europeo moderno, declarando que «la diferencia capital entre nuestra civilización y las antiguas con respecto al individuo, consistía en que el hombre como hombre, no era estimado en lo que vale», y que «una de las principales raíces del mal era la falta del conocimiento del hombre, era el poco aprecio de su dignidad en cuanto hombre, era que el individuo estaba escaso de reglas para dirigirse a sí mismo y para conciliarse la estimación; en una palabra, era que faltaban las luces cristianas que debían esclarecer el caos» (1).

(1) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*⁸, tom. II, págs. 24 y 32 (Barcelona, 1900).

Es indudable que el conocimiento del hombre y de su destino constituye la norma para orientar nuestra actuación. Sin ese conocimiento y sin esa norma la vida queda encomendada al azar, y es inevitable su extravío.

Por otra parte, ignorando el destino de una cosa o el papel que desempeña en el teatro de la vida, fuera insensato emitir un juicio de valor acerca de ella. El fin es la legítima medida de apreciación y valoración de las cosas y de las conductas.

Para saber, pues, qué conducta debe seguir el hombre en este mundo, se precisa conocer el fin para el que se halla destinado, o el plan a que obedeció su aparición sobre la Tierra. El ideal humano está en ajustar la vida a ese plan. Todo lo que sea apartarse de él es deshumanizarse.

PLAN, es decir, intento o designio ideado por un entendimiento y acariciado por una voluntad; puesto que el hombre, ser inteligente y libre, no pudo ser elaborado por las energías o fuerzas, ciegas y necesarias, del mundo físico. Pero en la formación de ese plan el hombre no ha tenido parte. El hombre no fué llamado a consulta para fijar cuál había de ser su fin y cuáles sus funciones. El plan surgió exclusivamente del entendimiento y de la libre voluntad de Aquel que hizo al hombre. He ahí, pues, cómo la religión, es decir, el reconocimiento de que el hombre depende de un Ser inteligente y libre, extramundano, superior y anterior al género humano, principio y fin de todas las cosas, viene a ser la norma natural de toda actuación humana, y sirve, por lo tanto, de base al orden moral. Sin esto no tiene sentido la vida. Y sólo a la luz de ese reconocimiento o religión puede y debe, no sólo desarrollarse, sino también valorarse la conducta del hombre. Quien procede de otra suerte,

marcha al azar, sometido a las mil sugerencias que le harán cambiar de ruta en cada momento.

Hay quien señala como último fin del hombre el bienestar colectivo. Hay también quien aconseja vivir al dictado de aquella inscripción que jalonaba los caminos de Asiria: «Pasajero, oye el consejo de Sardanápalo, fundador de ciudades: come, bebe, goza, lo demás es nada». Uno y otro prescinden de Dios y de la religión. Mejor dicho, erigen en divinidad al hombre y sus pasiones, interpretando al ser humano de un modo cortical en función de actividades de su vida vegetativa y animal. No parten de una visión racional del Universo, ni les interesa la clave suprema de las cosas. Sus actitudes son de quienes no se han planteado nunca el problema del mundo y del hombre: ¿por qué existe el mundo en vez de no existir? ¿por qué y cómo existo yo? Por eso carecen de consistencia científica. Sin embargo, ambas han ejercido siempre considerable influjo en la Historia, sobre todo en períodos de decadencia. En nuestros días contribuyen a formar ese estado miasmático de la conciencia pública que tolera no pocos atentados contra la moral y la justicia.

* * *

A propósito de las ideas que hemos bosquejado, decíase en un artículo de EL LIBERAL de Bilbao (n.º 11.386), lo siguiente:

«De la idea que de la muerte se forjan los hombres depende, en gran parte, la orientación que han de seguir y siguen en las relaciones humanas.

»¿Qué se entiende por muerte y qué por vida? Generalmente dos cosas opuestas antitéticas. La vida es la actividad del organismo, su plenitud y acción; la muerte es la cesación del movimiento, de las fun-

ciones orgánicas, la descomposición y la nada. Entendida así la muerte, claro es que inspira horror. Y la brevedad de la vida contribuye a hacer más tétrica la atroz perspectiva. El hombre más dueño de sí mismo no ha dejado de estremecerse alguna vez hasta el fondo de sus entrañas al recitar la estrofa de Jorge Manrique: «¡Cómo se nos va la vida, tan callando!».

»La idea de la muerte suele determinar el olvido del deber de perfeccionar la vida, para hacerla más grata a quienes han de sucedernos. Los creyentes piensan en que no vale la pena de perfeccionar un mundo que hemos de abandonar muy pronto. «Locura es amar lo que tan pronto se pasa», se ha escrito en Kempis. Lo que hay que perfeccionar es el propio individuo, para hacerle merecedor de las venturas de ultratumba. En todo el Evangelio no hay una sola excitación a trabajar por el bien de la especie, por el bienestar colectivo, por el progreso humano. Todas las predicaciones se dirigen al individuo aislado para que siga el camino de perfección, a fin de no ser condenado el día en que «será el crujir de dientes». La sociedad importa muy poco. Si el César exige un tributo, por injusto que sea, se da «al César lo que es del César». ¿Para qué trabajar? «Mirad las avecillas del campo, que ni siembran, ni siegan, ni allegan en trojes, y nuestro Padre celestial las alimenta». Rousseau ha podido decir muy bien que un ejército de perfectos cristianos sería vencido siempre. ¿Para qué luchar? Lo importante es prepararse para la muerte. ¡Siempre la idea de la muerte! Lecki, en su *Historia de la moral europea desde Augusto hasta Carlo Magno*, ha dicho que el pensamiento de la muerte ha adquirido enorme extensión bajo la Teología cristiana, que ha hecho todo lo posible para excitar el miedo a la muerte, como las madres que se hacen obedecer de sus hijos haciéndoles creer que la oscuridad está llena de espectros que se apoderan de los niños malos. Como el auxiliar de esas madres, tan poco duchas en la formación de espíritus varoniles, el cómplice de todas las tiranías y explotaciones suele ser la amenaza de un castigo en la vida ultraterrena para quienes no ejercitan, humildes, la resignación».

Es indudable que los hombres observan, en general, con-

ductas diferentes según sea la idea que de la muerte se formen. Mejor diríamos, sin embargo, que en esto dependen, en cierto modo, del concepto que tengan de la vida.

No tienen igual valor las acciones humanas para el cristiano como para el materialista. El primero considera esta vida como fracción exigua, aunque fundamental, de un ciclo vastísimo que se ha de prolongar interminablemente. El segundo la conceptúa como único bien definitivamente ambicionable y que, después de unos lustros fugaces, se ha de acabar irremisiblemente. ¿Que la muerte es la cesación del movimiento, de las funciones orgánicas, la descomposición y la nada? Puede contestarse afirmativamente, si se trata del cuerpo. Tal es, en efecto, la suerte o la tragedia de nuestro organismo. Mas no cabe sentar igual afirmación, si nos referimos a la totalidad del hombre.

El hombre no es sólo materia. En una máquina que funciona hay siempre dos elementos: armadura y energía. Si se destruye la primera, o se descomponen sus piezas, hay cesación del movimiento y de las funciones: se ha quebrantado la maquinaria y ha desaparecido el sistema mecánico. ¿Podrá decirse lo mismo de la fuerza? El principio de la conservación de la energía no lo permite. La energía se transforma, se transmite de un cuerpo a otro, o peregrina a través del espacio insondable durante siglos y milenios; pero no se aniquila. La unidad de energía es indivisible e indestructible. ¿Con qué razón podríamos asegurar que esta energía nuestra, esta alma, esta conciencia, que mantiene unicidad inquebrantable durante años, que permanece indemne a través de mil transformaciones operadas en el cuerpo, se va a convertir en la nada al desmoronarse el organismo? Por otra parte, el alma realiza funciones cuya exis-

tencia y alcance no pueden apreciarse con los procedimientos que empleamos para detectar y medir la acción de las energías del mundo físico. Concebir ideas, emitir juicios, elaborar raciocinios, darse cuenta de estas y otras operaciones psíquicas: he ahí unos fenómenos que rebasan infinitamente las energías mecánicas. No requieren dimensiones espaciales. Hablar del camino recorrido por las fuerzas en tales procesos, o de su extensión y divisibilidad, no tiene sentido. Por eso postulan un soporte inextenso, imponderable e inmaterial: el alma. Esta, pues, posee una estructura y naturaleza extrañas a la materia, y su actuación no siempre se halla condicionada por el cuerpo. A un mismo esquema somático no corresponde necesariamente determinado estado psíquico o mental, antes pueden corresponderle estados psíquicos diferentes. Dada cierta actitud del cuerpo, o conocido el estado inicial de un proceso cualquiera, no es posible todavía, como en el mundo físico, prever las fases ulteriores del proceso. Por eso ha dicho Bergson (en *Matière et Mémoire*) que «la vida mental rebasa la vida cerebral, que el cerebro se limita a traducir en movimientos una pequeña parte de lo que pasa en la conciencia y que, por lo tanto, la supervivencia del alma es tan verosímil que la obligación de probar incumbe a quien la niega más que al que la afirma, porque la única razón de creer en una extinción de la conciencia después de la muerte es que el cuerpo se desorganiza, y esta razón carece de valor si la independencia de la casi totalidad de la conciencia con respecto al cuerpo es un hecho comprobado» (1).

El alma, pues, es en cierto modo autónoma, su naturaleza

(1) L. Foucher: *La notion d'immortalité de l'âme dans la philosophie française du XIX^e siècle* (en *REV. DES SCIENCES PHILOSOPHIQUES ET THÉOLOGIQUES*, 1932, n.º 1).

es diferente de la del cuerpo, y su proceso vital no puede ser paralelo al de éste. Por eso no puede afirmarse que la muerte del organismo significa para el hombre «la descomposición y la nada».

Se nos dice: «La idea de la muerte suele determinar el olvido del deber de perfeccionar la vida».

Eso puede ocurrir, en efecto, en quienes piensan que la muerte es el acabamiento de todas las cosas. Idea melancólica, que constituye una tortura moral, cruel y perenne para muchos contemporáneos. Pablo Luis Landsberg (en La Edad Media y nosotros) ha dicho con razón: «La vida ha perdido su sentido y por ello se convierte muchas veces en una terrible carga, especialmente para las mejores almas»; «el hombre moderno no lanza una mirada allende la vida y la muerte; por eso está corrompida su vida y privada de forma».

En cambio, para el cristiano que espera vivir por siempre, la muerte es un aviso y un estímulo poderoso para cumplir escrupulosamente sus deberes y perfeccionar su propia existencia y la del prójimo, porque de ahí depende la suerte que le está reservada en la vida ultraterrena.

«Los creyentes piensan en que no vale la pena de perfeccionar un mundo que hemos de abandonar muy pronto». Así escribe el articulista de EL LIBERAL.

Pero esa actitud no es de los creyentes, sino de los que no creen en la supervivencia del alma; de aquellos que juzgan que la vida muelle, ociosa y sibarítica y la vida de trabajo, de austeridad y de sacrificio desembocan en el mismo término. El Cristianismo es incompatible con tales ideas. El cristiano tiene

obligación de trabajar, procurando superarse en cada día y en cada momento, si quiere realizar su programa de amor de Dios y del prójimo, cumplir los preceptos del Decálogo y, finalmente, conseguir la felicidad eterna.

La impasibilidad ante un ideal de perfección colectiva se compagina mejor con el materialista y el hombre sin religión. Si nada se ve, ni se espera nada, más allá de los bordes de esta vida; si el ser humano es resultado efímero de una conjunción azarosa de elementos cósmicos, con un alma para soñar y una vestidura carnal para apetecer, pero sin responsabilidad ni trascendencia de orden superior, ¿por qué esforzarse en trabajar, por qué sacrificarse, por qué perseguir la consecución de una felicidad que nos trasciende o de un bienestar que no está a nuestro alcance? Entonces no se trata de ser útil a los demás. Lo que importa es vivir la vida. Pasar los fugaces instantes de este mundo lo más alegremente posible. Ejercitar lo que un catecismo comunista llama «el santo, el universal, el ineludible, el inexcusable, el intrigador y vital DERECHO A LOS PLACERES».

A este propósito dice un escritor contemporáneo:

«Si no admitís más vida que esta, ¿con qué fin, con qué derecho, con qué ventaja la ennegrecéis, haciendo pensar, excitando a saber? Dejad que el hombre viva la vida; dadle armas y utensilios aptos para aprovecharla, para disfrutarla. Haced que su cerebro sea máquina aplicable y no instrumento de inútil especulación. Sí, sí; inútil; inútil cuanto estorbe para vivir. Músculos, sangre, euforia; desarrollad el torso y los biceps; dejad que se alise el cerebro, que se simplifique el laberinto de sus circunvoluciones. Digámoslo ardidamente, cínicamente: ¿qué más da? ¿De qué nos sirve pensar mucho si cada pensa-

miento arruga una ilusión y cada lectura roba una fiesta al aire libre?...

»Admitir sólo esta (vida), terrenal, y atormentarla, siendo única, con penosas e inútiles clarividencias, ¿no es imperdonable desvarío?

»Sólo quien crea en una vida posterior puede invitarnos a depurar, a refinar, a hacer exquisito, es decir, consciente; es decir, doloroso, este mero preámbulo fugaz.

»Mas si «somos» mecanismo perfeccionado, pero mecanismo; monos admirables, pero monos, sin más porvenir que unos lustros terriblemente rápidos, ¿qué cabe discretamente hacer sino buscar el comodín más apto para hacerlos—correcta y dignamente—amenos y sin nubes?» (1).

«Locura es amar lo que tan pronto se pasa». Esta frase, atribuída a Kempis, sirve de apoyo a *EL LIBERAL* en su acusación contra los creyentes. Mas para juzgar rectamente las cosas, no basta fijarse en cualquier datalle escogido al azar. Se precisa también una ojeada global desde cierta lejanía. Muchas veces el ver a distancia corrige los errores de una visión demasiado próxima. Por eso las locuciones, aisladas de su contexto, no siempre completan el pensamiento de su autor; solas no tienen sentido adecuado y definido. Tal ocurre en nuestro caso. El articulista de *EL LIBERAL* extrajo con pinzas una frase. ¿Por qué no citó también los siguientes pasajes de Kempis: I, cap. IX, 1; cap. XV, 2; cap. XVI, 4; cap. XVII, 3; cap. XIX, 4 y 5; III, cap. XIX, 4, donde se recomien-

(1) Rafael Calleja: *Carpe Diem...* (en *REVISTA DE OCCIDENTE*, n.º LXX, pág. 137).

da el amor a los hombres, se condena la ociosidad como contraria al ideal humano, se invita al trabajo, a la vida social, a servir a la colectividad con preferencia al bienestar particular? Hemos de suponer que no los conocía, que interrumpió inoportunamente la lectura de la Imitación. Y así se anticipó al pensamiento de Kempis, interpretándolo a su gusto y en su provecho.

También atribuye a los cristianos este propósito: «lo que hay que perfeccionar es el propio individuo, para hacerle merecedor de las venturas de ultratumba». Es indudable que el Cristianismo procura el mejoramiento del individuo, enseñándole a imitar a Cristo. E invitándole a que de este modelo y de este ideal haga el norte de su vida. Pero no se imita a Cristo, si no es inmolando cada uno, por amor de El, sus comodidades y sus gustos particulares en aras de la comunidad amando al prójimo y sacrificándose por él, es decir, procurando el bienestar de todos. Este es el medio, el camino que ha de recorrer el cristiano. El fin es otro: la posesión del Sumo Bien que es Dios. Y esto se realiza en la otra vida. Por lo tanto, nada más ajeno al pensamiento cristiano que habilitar y equipar el mundo para una organización dionisiaca como si aquí acabase todo. El Cristianismo, pues, es eminentemente individualista, en cuanto presenta a cada individuo un problema que resolver y un asunto exclusivamente personal. Desarrolla y eleva la personalidad del hombre; pero vinculándole a la comunidad, haciéndole solidario del cuerpo social.

Insistiendo en su punto de vista, escribe así el articulista de *EL LIBERAL*: «En todo el Evangelio no hay una sola exci-

tación a trabajar por el bien de la especie, por el bienestar colectivo, por el progreso humano».

No hablemos del precepto de la caridad en que se prescribe amar a nuestros semejantes y favorecer a los que nos odian y persiguen, ni en particular de los siete últimos preceptos del Decálogo que tienen derivaciones sociales tan inmediatas. Si los clientes de *EL LIBERAL* consultaran los siguientes lugares de los Evangelios: *Matt. V, 38-48; VII, 1, 2, 3, 4 y 12; XVIII, 15; XIX, 18 y 19; XXII, 38; XXV, 4, 34-46; Marc. XII, 33; Luc. VI, 27-38; Joan. XIII, 14, 15, 34 y 35; XV, 12, 13 y 17*, verían, sin duda, cómo las aserciones de su mentor, que parecían tener firmeza escultórica, se cuarteaban y se desmoronan en juicio sumarísimo. Y conocerían, sobre todo, hasta qué punto el espíritu de sistema es capaz de sacrificar las condiciones exactas de una rebusca de la verdad al deseo de reposarse en la certeza de un prejuicio.

Aludiendo al Evangelio, dice todavía *EL LIBERAL*: «Si el César exige un tributo, por injusto que sea, se da «al César lo que es del César».

Dar al César, o a quien sea, lo que es suyo, no es injusto. Lo injusto sería escamotearle lo que en verdad le corresponde.

Otra alusión al Evangelio: «Para qué trabajar: Mirad las avecillas del campo, que ni siembran, ni siegan, ni allegan en trojes, y nuestro Padre celestial las alimenta».

Hay que advertir que estas últimas palabras no están aisladas en el Evangelio, sino ensambladas con otras muchas. Forman parte de un libro, se funden en una obra, como las

notas en un acorde. Por eso aparecen en el artículo que comentamos como aquellas otras de Kempis que arriba transcribimos, es decir, desvinculadas de un ambiente natural donde únicamente tienen sentido claro y preciso. ¿Por qué el articulista de *EL LIBERAL* no recordó aquel pasaje, también del Nuevo Testamento, donde se dice: Quien no quiera trabajar, tampoco coma? (1). La frase del Salvador Mirad las avechillas del campo, etc. se halla incluída en una página sublime del Evangelio de San Mateo (cap. VI), y fué dicha para condenar el egoísmo y las ansias desordenadas de poseer y para ponderar la providencia de Dios sobre los hambres; mas no para exonerar a éstos de todo trabajo y de todo sacrificio.

Glosando las palabras ya citadas del Evangelio, dice L. de Grandmaison: «Aquí, lo mismo que en otras partes, conviene no juzgar la doctrina del Maestro por ciertas fórmulas destinadas a poner de relieve, con gracia y vigor, uno de los aspectos de la verdad. De ordinario, son ellas las que se graban en la memoria del pueblo, y con razón, por su ejemplaridad, pero se expone uno a extraviarse cuando las arranca del contexto completo, donde su aire paradójico las hace destacar, pero también las matiza y es, por consiguiente, el único que permite su fiel interpretación. En realidad, Jesús no ignora ni pasa por alto nada de lo que Dios permite en nuestro pobre mundo, tal cual es. Los conflictos de ambiciones, aun entre los buenos, la pesada mano de los poderosos agravándose sobre los pequeños y exigiendo de ellos todavía el título de «Bienhechores» (2); el

(1) II, Test., III, 10.

(2) Luc., XXII, 25-26; Matt., XX, 25; Marc. X, 42.

boato de los ricos sin entrañas (1), la división de intereses y de afectos entre próximos parientes; las graves caídas siguiendo a los retornos hacia el bien (2), la ingratitud, el escándalo inevitable (3), la persecución por la justicia afligiendo a los amigos de Dios; las calamidades, lágrimas, enfermedades, muertes repentinas o crueles, todos estos trazos aparecen o son subrayados en el Evangelio» (4).

No son menos insistentes en el Evangelio las invitaciones al trabajo y a la práctica del bien. Para muestra bastará consultar estos lugares: *Matt.*, XVI, 24; XXV, 36-46; *Luc.*, XII, 48; XVII, 10; *Joan.*, XIII, 34, 35.

Otra acusación: «Rousseau ha podido decir muy bien que un ejército de perfectos cristianos sería vencido siempre».

También declaró Rousseau que un perfecto cristiano, trasunto de Cristo, sería el más noble, el más virtuoso y el más heroico de los hombres (*Emilio*, lib. IV y *Carta a M. de Franguière*). ¿Por qué no adherirse a esta segunda opinión de Juan Jacobo?

Un perfecto cristiano es el más disciplinado.

Un perfecto cristiano cumpliría siempre su deber.

Un perfecto cristiano sería dueño de sí: en todo momento sabría mantener sus tendencias y pasiones al servicio de la razón.

Un perfecto cristiano conservaría sus energías para utilizar-

(1) *Luc.*, XVI, 19-31.

(2) *Matt.*, XII, 43-45; *Luc.*, XI, 24-26.

(3) *Matt.*, XVIII, 7; *Luc.* XVII, 1.

(4) *Jesucristo*, pág. 352. Trad. de la 11.^a edición francesa (Barcelona, 1932).

las con la máxima eficacia en el momento oportuno, sin distraerlas ni malgastarlas en satisfacer instintos inhumanos, vicios degradantes y necesidades ficticias.

Un perfecto cristiano no temería la muerte, sabiendo que después le está reservado el más preciado galardón a que pueda aspirar un hombre.

¿Qué faltaría entonces a un ejército de perfectos cristianos para ser intrépido y valeroso?

El ideal sería que todos los hombres fueran perfectos cristianos. Así no habría ejércitos valerosos ni tímidos, porque no habría necesidad de crearlos.

La Teología cristiana, según el escritor de *EL LIBERAL*, «ha hecho todo lo posible para excitar el miedo a la muerte».

La expresión no es exacta. La Teología cristiana ha desarrollado el sentido de la responsabilidad en las conciencias, y ha enseñado que todos los hombres deben interesarse por su propia suerte. Por lo demás, ni la Teología cristiana ni los cristianos bien formados y de conciencia pura temen la muerte, considerada como simple tránsito de una vida de corta duración a otra imperecedera y gloriosa.

Finalmente dice *EL LIBERAL*: «El cómplice de todas las tiranías y explotaciones suele ser la amenaza de un castigo en la vida ultraterrena para quienes no ejercitan, humildes, la resignación».

No es responsable el Cristianismo, ni los cristianos son culpables de que hombres inicuos y malvados exploten la creencia en la vida ultraterrena, o de que deformen las conciencias

en este punto para lograr sus fines de dominación o de lucro. Además, la verdad de una creencia no se aprecia ni se valora atendiendo a la cuantía del abuso que puede hacerse de ella.

Las afirmaciones del articulista de *EL LIBERAL* que hemos copiado y comentado brevemente, vienen a confirmar, una vez más, que sus divergencias con respecto al pensamiento católico parten principalmente de una visión equivocada del mundo y de la finalidad humana.

Mucho depende, pues, del concepto que del hombre se tenga. Pero ese concepto varía de unos a otros. De ahí resulta que tampoco todos conciben igualmente el ideal humano. Mientras unos representan al hombre como es, otros maniobran con su sombra o con su carátula.

J. M. de B.

Ideas y hechos de nuestro ambiente

Decíamos en otra ocasión: el conocimiento del hombre y de su destino constituye la norma para orientar nuestra actuación. Sin ese conocimiento y sin esa norma la vida queda encomendada al azar, y es inevitable su extravío (1).

Saber qué hacemos y hacia dónde vamos; obrar conscientemente: he ahí un rasgo que debe caracterizar nuestra conducta como hombres. Si procedemos de otra suerte, nos deshumanizamos y no nos distinguimos de los irracionales.

La contemplación del mundo que nos hace conocer la existencia de Dios, y nos obliga a profesar la religión, nos plantea el problema del destino y del puesto del hombre en la naturaleza. Y es la religión quien nos ha proporcionado la solución buscada. Ella mantiene viva en nosotros la idea de nuestro fin, despertando y cultivando nuestra conciencia en este asunto trascendental.

(1) IDEARIUM, núm. 6, pág. 54.

Tenemos, pues, conciencia de nuestro destino y sabemos dar sentido a nuestra vida, gracias a la religión. A ella nos conduce la ciencia natural. Así como nos conduce a Cristo y al Cristianismo la ciencia cultural, es decir, el estudio de la Iglesia y de la historia.

* * *

Pero la visión del Universo y del hombre no ha conducido a todos a la misma conclusión. Las interpretaciones que los hombres dan de unos mismos fenómenos son diversas según la diversidad de los factores —individuales y sociales— que contribuyen a elaborarlas.

He aquí una de esas interpretaciones que hallamos en un escrito del conocido comunista libertario D. Isaac Puente:

«La naturaleza, ni es catastrófica ni deja de serlo. Tiene argumentos para todos los gustos. Para el pesimista y para el optimista, para el misántropo y para el filántropo (miso, odio y filo, amor; antropos, hombre), para el creyente y para el que no lo es. Un mismo hecho, cada hombre lo ve de distinto modo «conforme al color del cristal con que lo mira». El hombre es dentro de ella un ser más de los muchos que la pueblan. El más evolucionado, pero nada más. Un terremoto, igual destruye una ciudad que mata a sus habitantes. Con la misma insensibilidad y la misma ceguera destruye mil hombres que mil ratones. Un volcán esparce la muerte a su alrededor en los kilómetros que alcanza su erupción de fuego, sin ser más clemente con los humanos que con las bestias o las plantas. Una tormenta arrasa en un minuto las más espléndidas cosechas que el hombre pudo preparar con su trabajo y fecundar con su sudor, sin demostrar la menor atención para las lágrimas y los lamentos de los damnificados. Hace explosión el grisú de una mina al contacto de una llama, sin reparar en que acarrea la muerte de los 300 explotados que en ella consumen su salud, en tanto

el burgués se enriquece con las ganancias, libre de peligros. Ninguno de estos hechos tiene finalidad en sí mismo. Ocurren, porque tienen que ocurrir, en virtud de un ciego determinismo. El creyente supone que son manifestaciones de la voluntad divina. El ateo piensa que ello es una prueba de que la divinidad no existe».

La naturaleza es inconsciente. Sus fuerzas son ciegas y actúan necesariamente, no libremente.

El hombre, en cambio, es libre y tiene conciencia de sus actos.

El hombre sabe desafiar las fuerzas de la naturaleza y «vencerlas también», como dice el mismo Sr. Puente. «Reguliza el cauce de los ríos; asegura el riego de la tierra; consigue duplicar el rendimiento de los cultivos; desvía la amenaza de una nube; predice un cataclismo; anuncia al pescador la inminencia de una galerna. Domina el aire y el mar». «Maneja la electricidad y la hace servir a su antojo. Acrece sin cesar las comodidades y las ventajas y las satisfacciones, elevando de nivel los placeres de la vida. Hace tener a raya a las enfermedades que han dejado de ser plagas desoladoras». «En suma, el hombre lleva en sí una fuerza poderosa de progreso, de dominio sobre la Naturaleza y de perfeccionamiento a cuanto se aplica. Aún apenas ha empezado a desarrollarse y puede esperarse con fundamento que nos dé más de lo que nos ha dado».

Es decir, en los fenómenos que forman nuestro campo visual existe una dualidad profunda. Por un lado el mundo físico con sus tendencias y fuerzas ciegas, necesarias, inconscientes. Por el otro el ser humano consciente, previsor, libre. Este contraste y esta oposición demuestran que el hombre no puede ser un mero resultado de la convergencia fortuita de ele-

mentos cósmicos. ¿Cómo es posible concebir la conciencia, la previsión y la libertad surgiendo de una confabulación de energías mecánicas que obran fatalmente conforme a leyes rígidas y necesarias?

Podemos, pues, decir que el mundo no contiene en sí su explicación. Se precisa un ser inteligente y libre, anterior y superior al hombre y a la naturaleza para explicar razonablemente nuestra existencia. Del mismo modo que para formarnos una representación racional de los fenómenos eléctricos hemos de recurrir a un agente (electricidad), de cuya existencia por lo mismo no cabe dudar.

El hecho de que en la naturaleza reina un determinismo rígido, lejos de oponerse a la existencia de Dios, contribuye a probarla, puesto que en un mundo de tales condiciones fuera imposible la aparición del hombre—persona, no cosa—, sin la intervención de un ser personal dotado de inteligencia y libertad.

Esta idea palpita también en el escrito del Sr. Puente y aun en toda la literatura comunista y socialista, siquiera se llame de «los sin Dios». Los mismos programas de acción y las mismas teorías anticristianas llevan reflejos de Cristianismo. La pretensión de fundar un estado social o un sistema de relaciones humanas sin resabios cristianos tan sólo cabe en cerebros ingenuos que creen posible suprimir la historia por un decreto de olvido.

Así, cuando en el artículo que comentamos se dice: «la injusticia social no es efecto de la Naturaleza», se confiesa paladinamente que el hombre no tiene su origen en el mundo físico, pues si lo tuviese, sería un mero apéndice, una prolongación de la Naturaleza, y, por lo tanto, necesario e irres-

ponsable, y las llamadas injusticias serían efecto de la Naturaleza, no serían propiamente injusticias.

* * *

En la conducta del hombre influyen los apetitos o tendencias, como también las sugerencias de la razón. Es decir, lo instintivo y lo consciente.

El factor «conciencia» es un resultado de cultivo: su génesis y su conservación requieren esfuerzos continuados. El factor «tendencia» es espontáneo.

El primero, que a ratos actúa en cualquier hombre, sólo es permanente en espíritus selectos. Representa el nivel propiamente humano.

Es el segundo, sin embargo, el plano donde los más parecen encontrarse at home como en su propia casa, constituyendo la masa o material humano que colabora a la historia como el pólipo a la formación de los continentes. Y así, una obra—lecturas, novela, cine—que tienda a inclinar la balanza hacia el lado de las tendencias, triunfa fácilmente. Por eso se le asocia el dinero en cantidades fabulosas buscando su proliferación. Y la mima, la explota y la fomenta. Este maridaje del dinero y de las tendencias infrahumanas, juntamente con la ausencia de todo freno moral, es sin duda, en el sistema capitalista de nuestros días, uno de las agentes más poderosos del desequilibrio económico. ¡Cuántas escenas de escándalo, cuántos espectáculos monstruosos, cuántas publicaciones lúbricas—libros, folletos, periódicos—habrían de desaparecer, si no estuviese de por medio un interés económico! Y el nivel de existencia fuera muy otro, si tantos capitales y tanta energía humana no buscaran esa viciosa derivación.

Veamos qué actitud adoptan la «tendencia» y el capital, cuando pugnan por asociarse y triunfar.

Aludiendo al turismo y a los medios de fomentarlo en España, dice así HERALDO DE MADRID (n.º 15.327) de 15 de abril de 1935:

«¿Es el turismo una fuente de riqueza? ¿Puede ser un medio para demostrar a los ignorantes lo que es España y lo que representa? ¿Le conviene a la economía del país?

Tres preguntas con fáciles contestaciones: tres «síes» enérgicos y concretos. A España le conviene el turismo.

Parece lógico, pues, que el esfuerzo de todos los españoles se dirija a procurar que cada día venga a la Península un número mayor de extranjeros. ¡Pues sí, sí! Excepto dos o tres familias madrileñas que escriben a unos amigos de Budapest y de Riga que España tiene un sol muy claro y una Telefónica muy grande, los demás no hacen—o hacemos—más que desacreditar lo poco acreditado que nos queda. Ni siquiera los organismos oficiales sirven para otra cosa. Prueba al canto:

Funciona en Madrid una Comisión Central por la Moralidad de las Playas (Mor-Playa). Al parecer, esta entidad, organismo o lo que sea, pretende demostrar al Mundo entero que nuestras playas son las mejores y que deben ser visitadas. Con este fin ha hecho unos folletos que se están repartiendo por todas partes y en los que se dan normas y reglas para los turistas. ¡Y qué normas! «¡Vosotras y vosotros—dice—, seres conscientes todos! No olvidad al resolver. El corte ignoto del hilo de la vida. Y el inmediato Juicio inesperado».

¿Y con esto quieren que vengan los turistas a España? Vamos, hombre. Ni que fueran idiotas.

Y, por si fuera poco, en el mismo folleto se dan instrucciones a los visitantes de cómo deben ser sus trajes de baño:

«Normas para el traje de baño

- 1.^a El traje de baño será, moralmente, tanto más recomendable

cuanto más cubierto deje el cuerpo y menos se ciña a las sinuosidades de éste, siendo de advertir que dicho traje es exclusivamente para el baño, no para la playa, debiendo tanto las señoras como los caballeros cubrirse con la capa o albornoz al entrar y al salir del agua.

2.^a En consecuencia, el descote, lo mismo en los trajes de señora que en los de caballero, no deberá separarse mucho del arranque del cuello.

3.^a En los trajes de mujer, el pantalón y la falda deben llegar, como mínimum, a la rodilla, y los varones han de llevar doble pantalón, o faja-volante sobre el pantalón, y cubierta la mayor parte del muslo, como suelen hacerlo las personas elegantes y de buen gusto.

4.^a Es completamente reprobable que el traje de la mujer carezca de manga en absoluto, siendo muy de recomendar que llegue ésta hasta la mitad del brazo, aproximadamente, y que sea ceñida en su terminación.

También son reprobables los trajes de varón que dejen al descubierto la mayor parte del hombro o de los costados.—*La Comisión Central*. (Con aprobación de la autoridad eclesiástica)».

Seriamente: ¿son ustedes frailes, caballeros de la Mor-Playa? ¿En qué gruta hedionda viven? ¿En nombre de qué estética recetan ustedes semejante traje de baño? ¡A la cueva! ¡A la cueva! ¡Y a ponerse la cota de malla! ¡Largo de aquí!»

Así hablan los traficantes de la «tendencia». Buscan gente, mucha clientela. Aunque sea a costa de lo máspreciado de la cultura y de la personalidad humana. La moralidad al servicio del dinero.

* * *

La Constitución española permite el divorcio y el casamiento civil. Fundándose en esto, opinan algunos que la Iglesia no puede prohibir a sus fieles que se divorcien o que se casen civilmente. Los tales discurrirían así: «la Constitución permite

a los niños jugar al hinque; luego el maestro no puede prohibírsele en la escuela ni a la hora de clase».

HERALDO DE MADRID (n.º 15.312) nos brinda, en los párrafos siguientes, un ejemplo de este modo de razonar:

«Los sermones cuaresmales del famoso P. Laburu.—Más que sermones son reiterados ataques a las leyes fundamentales del régimen».

«Como quizá sepan ustedes—se ha anunciado por la radio y todo—el contumaz jesuíta padre Laburu está dando en la catedral una serie de conferencias cuaresmales. A esto nada tendríamos que oponer, como no hallamos nada que objetar a otros tantos espectáculos.

»Pero acontece que el padre Laburu—a quien se ha otorgado, sin que acertemos a explicárnoslo, la primacía de la oratoria eclesiástica—, el padre Laburu, decimos, ha olvidado o ha hecho que olvidaba que estamos en 1935. Esto es, que han pasado tres años desde que en España se proclamó un régimen que tiene sus leyes fundamentales. Tales son, por ejemplo, el matrimonio civil y el divorcio. Pues bien: contra ambos despotrica a diario el reverendo sacerdote. Y sus sermones son radiados a España entera.

»Este «divo» del púlpito se permite emitir conceptos como éstos: «La mujer que se casa civilmente es—duro es decirlo—una concubina. Dolerá, dolerá; pero así es». Y también: «La mujer que se divorcia para casarse con otro se convierte en su barragana». O esto otro: «El hombre que deja a su mujer para contraer nuevo matrimonio comete adulterio».

»¿Es lícito, es tolerable que públicamente—con toda la facilidad que da la difusión radiante—se digan estas cosas? ¿Se puede permitir que así se «fantasee», valiéndose de la inmunidad o impunidad que dan, por lo visto, los hábitos?

»En España hay infinidad de damas respetabilísimas y cuya virtud no puede poner en duda ningún hombre bien nacido, y que están casadas civilmente o divorciadas y unidas en nuevas nupcias a otros hombres. Hay muchísimos caballeros de irreprochable honorabilidad en las

mismas circunstancias. Nadie, sacerdote o seglar, puede lanzarles, amparándose en una situación de privilegio, palabras tan injustas.

»Nos asombra que autoridades tan celosas en impedir propagandas que estiman dañinas para el orden social permitan holgadamente esta que realiza desde el púlpito, y profanando el nombre de Cristo, un jesuíta, a los tres años de disuelta en España la Compañía de Jesús».

He aquí ahora cómo un escritor de LA VOZ DE GUIPÚZCOA (n.º 17.515) contesta a quienes razonan al dictado de «Heraldo de Madrid».

«Algunos lectores de los periódicos que me dispensan la merced de aceptar mi firma, me escriben lamentándose de que el señor Laburu se ha destacado en denuestos e injurias contra las señoras que han contraído matrimonio civil, llamándolas mancebas y calificando al matrimonio que contrajeron con arreglo a las leyes, de concubinato. Y me dicen que no tiene derecho un señor, por altos que sean los poderes que pretende ostentar, para insultar a persona alguna, y que no es propio de quien predica una doctrina de caridad y de misericordia denostar a las mujeres que no piensan como él, por el hecho de creer que ningún nacido es dueño de toda la verdad y por no necesitar para contraer un vínculo honrado que un fraile le haga una señal en el aire y recite una epístola escrita hace dos mil años, quedándose él célibe y en libertad de absolver o condenar a las auténticas pecadoras a quienes Jesucristo no injurió sino que perdonó, por el solo hecho de haber amado mucho.

»Me parece que quienes protestan de las palabras del orador a la moda, hacen muy mal en indignarse. El señor Laburu, según se me dice, no es precisamente un monseñor Ireland, ni un Bohurs; pero tampoco es un Fray Gerundio de Campazas, ni menos un parlanchín chabacano al modo del legendario «Cura de Chaorna». Es un sacerdote, respetable como tal, que vé las cosas desde su punto de vista, más o menos sectario. A los fieles devotos toca seguir sus consejos y a los que no lo somos no escuchar sus homilías y si no tenemos más remedio que oírlas, hacerlo como quien vé, a través de los cristales de una habitación confortable, caer un copioso aguacero.

»Insisto en que debemos respetar las ajenas creencias y en nuestros prójimos hasta los exabruptos, y hasta en los gansos los graznidos. Item es contradictorio hacer una cosa contraria a la opinión de toda una doctrina y pedir luego que a quienes la predicán les parezca bien. Es notorio que no solamente para el señor Laburu, sino para todo el catolicismo, el matrimonio civil es un concubinato. «*Quod Deus conjunxit homo non separet*». Atado será en el cielo lo que la Iglesia atare en la tierra. No hay más que un matrimonio, que es el llamado sacramento, el que de modo indisoluble establecen los cánones. Hay que atenerse al Dogma y al Concilio de Trento. Llamarse católico, apostólico y romano, y casarse civilmente es dejar de serlo. Hay que apechugar con todo o incurrir en duro anatema. ¿No se es creyente? Entonces puede uno casarse con arreglo a las leyes civiles o no casarse o hacer lo que le parezca justo y el código permita. Pero ser católico y enojarse con el sacerdote que recuerda el Dogma aunque sea con las frases violentas del Padre Claret, es falta de lógica. Es como si un hombre se colgase de una cuerda retorcida, se pusiese a dar vueltas y se quejase luego de haberse mareado. Y perdonen los entusiastas de los sermones apasionados el símil acrobático.

»Hay que ser católico o no serlo. ¿Se es de todo corazón? En tal caso el matrimonio civil es un concubinato. No hay otra autoridad sobre la tierra que la de la Iglesia. Quien no está con ella, está contra ella. Hay que bajar la cabeza y creer en todos los Misterios y milagros, por sobrecogedores que sean. Hay que olvidar al padre y a la madre, coger un leño, echárselo a cuestras y seguir al señor Laburu. ¿No se es católico? Se dice valientemente y sin ambages y entonces se deja a todos los Laburus del mundo que digan lo que les parezca y se hace de sus palabras el mismo caso que de las coplas de Calainos.

»Lo que no puede ser es estar con San Miguel y con el Diablo, con Santo Tomás y con Jansenio, y, como dice el vulgo, «al caldo y a las tajadas». Si yo fuera el Buen Dios dejaría entrar en el cielo a todos los nacidos incluso a los herejes, menos a los que juegan con dos barajas. Al vado o a la puente. Hay que saber lo que se quiere y a dónde se va y en este sentido cuando se dirige a los creyentes y les hable desde

el punto de vista del dogma, hay que reconocer que el señor Laburu tiene razón».

* * *

En un artículo de EL LIBERAL de Bilbao (n.º 11.403) leemos estas sentencias:

«Los Códigos sirven para crear terrores y las religiones para suscitar remordimientos; pero ni unos evitan los crímenes ni las otras los pecados, y después de todas las predicaciones continúa cada cual obrando en el momento de la acción conforme a los impulsos del instinto y rara vez con arreglo a los dictados de la inteligencia.

»Las causas que modelan la Historia y la vida de los pueblos son las mismas que modelaron la Historia y la vida del planeta.

»Los imperativos de la realidad van poco a poco modelando las nuevas formas de convivencia civil.

»Durante dos mil años nada sustancial había cambiado en el mundo.

»Todo se transformó desde el advenimiento del maquinismo, que modificó la técnica de la producción, de la circulación, del crédito y del transporte.

»Los hechos conducen el proceso histórico.

»Recientemente la invención de los motores de combustión interna trastornó todas las relaciones nacionales e internacionales. La difusión del automóvil ha promovido cambios de mentalidad incomparablemente más trascendentales que los de la Reforma luterana.

»Cada adelanto en el progreso técnico equivale a un avance en el progreso moral.

»El mayor respeto a las prerrogativas de la personalidad humana en la época moderna no es consecuencia de la revolución política, sino de la evolución industrial».

«Ni unos evitan los crímenes, ni las otras los pecados, y después de todas las predicaciones continúa cada cual obrando en el momento de la acción conforme a los impulsos del instinto...»

Este párrafo y los siguientes son reflejo de la teoría del

Materialismo histórico de Marx, teoría que surgió como una reacción contra el idealismo que pretendía explicar la evolución social como consecuencia del esfuerzo progresivo de la humanidad para realizar la justicia y la felicidad común. Según Marx, esto es confundir la causa con el efecto. Nuestras ideas son resultado de nuestras ocupaciones materiales. Cada uno contempla la vida a través de su oficio. Las instituciones económicas, el derecho, la vida política, las costumbres, la moral, la ciencia y la religión son funciones de la producción. Si ésta evoluciona, lo demás evoluciona también, aunque no con la misma rapidez; lo cual viene a constituir una desarmonía, causa de crisis sociales. Son, pues, las transformaciones de la vida material las que orientan la vida intelectual y moral, y es una ilusión creer que las ideas, por nobles que parezcan, gobiernan el mundo (1).

Es innegable la influencia que los factores económicos ejercen en la marcha general del mundo y en la dirección de las ideas. Los hombres tienden generalmente a elaborar teorías filosóficas y sistemas científicos que concuerden con sus conveniencias económicas. La justicia que proclaman coincide casi siempre con sus intereses.

Es insuficiente, pues, el idealismo para explicar los fenómenos sociales. Pero también lo es el marxismo. Ambas hipótesis han luchado en casi un siglo entero. Entre tanto la evolución social y económica de los pueblos ha seguido su rumbo sin ser explicada ni comprendida por la mayoría de los que a tales cuestiones dedican sus afanes. Ahora, como siempre, junto a las ideologías abstractas caminan silenciosas las realidades concretas.

(1) A. Hesse y A. Gleyze: *Notions de Sociologie*, pág. 63. París, 1927.

Tanto el idealismo como el marxismo rebasan lo que el examen imparcial y objetivo de los hechos nos permite afirmar.

Contrayéndonos ahora al marxismo, podemos sentar, frente a sus afirmaciones, que las concepciones religiosas, metafísicas, científicas y morales han repercutido profundamente en la vida económica. La historia del Cristianismo se halla repleta de ejemplos que confirman esta aserción. Díganlo, si no, tantos millones de fieles que, por móviles religiosos, se han abstenido y se abstienen de trabajar el domingo, aun cuando ello les ocasiona un quebranto económico.

Ninguna revolución fuera posible, si la evolución de las ideas y de las instituciones siguiera la pauta de las transformaciones económicas. Toda revolución económica y social supone estímulos de orden ideológico, formación de una conciencia. El esclavo que considera las cadenas como algo natural o no tiene conciencia de ellas, no se emancipa. En una revolución que intente romperlas o que acabe con la esclavitud, las ideas de emancipación no son posteriores a la emancipación misma.

«Y después de todas las predicaciones continúa cada cual obrando... conforme a los impulsos del instinto».

La historia del Cristianismo nos muestra innumerables casos que desmienten esta afirmación. El mismo Voltaire escribía: «El estoicismo no nos ha dado más que un solo Epícteto, y la filosofía cristiana forma millares de Epíctetos, quienes ignoran serlo, y cuya libertad llega hasta el punto de ignorar su propia virtud». Y Proudhon decía de la religión cristiana: «¡Cuántas virtudes hizo que se abrieran!; ¡cuántos desprendimientos suscitó!; ¡qué torrentes de amor derramó en los corazones de las Teresas, de los Franciscos de Sales, de los Vicentes de

Paúl, de los Fenelón, y con qué lazo tan fraternal estrechó a los pueblos!... La religión ha creado tipos a los cuales la ciencia nada podrá añadir; ¡dichosos nosotros si aprendemos de la ciencia a realizar el ideal que la religión nos ha presentado!» (1).

«Durante dos mil años nada sustancial había cambiado... Todo se transformó desde el advenimiento del maquinismo... Los hechos conducen el proceso histórico... La difusión del automóvil ha promovido cambios de mentalidad... Cada adelanto en el progreso técnico equivale a un avance en el progreso moral...».

Esto se nos dice desde EL LIBERAL. Pero no se demuestra. Esas afirmaciones merecían ser justificadas con pruebas, con ejemplos. ¡Ejemplos! Los han recogido en abundancia para demostrar lo contrario quienes militan en el campo de EL LIBERAL. Nosotros los hemos leído estos días en su homónimo de Madrid. Es bien sabido que todo el siglo pasado se llenó de un gran optimismo, de un idealismo romántico en lo que se refiere al avance de la ciencia, de la técnica y de la personalidad. Optimismo y confianza en el progreso material, desde luego. De esta idea se hace eco el escritor del diario madrileño, y a propósito recuerda un episodio que cuenta Arago.

«Era el primer día que iba a elevarse el primer globo inventado y construido por los Mongolfiers; la mariscala de Villeroi, octogenaria y enferma, no creía en los globos; se la condujo casi a la fuerza a una de las ventanas de las Tullerías y

(1) Juan Corts Peyret: *El Catolicismo, el Paganismo y la Revolución*, pág. 64. Barcelona, 1914.

desde allí vió cómo Carlos, sentado en la barquilla, saludaba alegremente al público y se lanzaba a los aires. De un golpe, pasando sin transición de la más completa incredulidad a una confianza sin límites en el progreso, la vieja mariscala cayó de rodillas, y bañados los ojos en lágrimas exclamó: «Sí, decididamente es cierto; los hombres encontrarán el secreto de no morir; pero será cuando yo me habré ya muerto».

Este optimismo entusiasma al articulista, y le hace exclamar: «¡Qué noble pasión por la Humanidad y por la verdad! ¡Y qué diferencia entre la inquietud generosa de aquellos días y la pereza espiritual y la cobardía de éstos de ahora!».

«Aun recordamos aquellas lecturas de nuestra infancia: Spencer, Buckle, Mill, exponían como credo del hombre la fe en el progreso... Spencer identificaba el progreso con la evolución y lo consideraba inevitable. Entretanto las invenciones y los descubrimientos salían de los laboratorios por millares; la riqueza crecía a simple vista; nada parecía imposible para la ciencia. Ella había prolongado la vida, mitigado el dolor, curado las enfermedades, fecundizado la tierra, protegido al navegante, echado sobre temerosos precipicios atrevidos y sólidos puentes, iluminado la noche, multiplicado la fuerza, acortado las distancias; ella permitía al hombre elevarse en el espacio y sumergirse en el fondo de los mares... Y no era más que el principio. ¿Qué no podría, pues, creerse y esperarse del hombre en aquellos felices días?

A pesar de todo, algunas dudas filosóficas acerca del progreso habían sido expuestas. En un diálogo de Fontenelle, Sócrates y Montaigne discuten la cuestión... Sócrates quiere saber lo que ha avanzado la Humanidad desde que él bebió la cicuta,

y se asombra cuando Montaigne le dice que los hombres son aún unos pobres brutos incapaces de morir sin metafísica. El filósofo francés le asegura que el mundo ha degenerado, que ya no hay figuras tan grandes como Pericles, Arístides, o el mismo Sócrates. Entonces el viejo filósofo se encoge de hombros. «En nuestros días—dice—estimábamos a nuestros antepasados más de lo que merecían, y ahora nuestra posteridad nos estima a nosotros más de lo que merecemos. Realmente, no hay diferencia entre nuestros antepasados, nosotros y nuestra posteridad. Siempre es lo mismo».

«El desarrollo de la Humanidad—dice Eckermann en sus conversaciones con Goethe—parece ser una cuestión de miles de años. ¡Quién sabe!—replica Goethe—. Quizá de millones». «La Humanidad no progresa—decía Nietzsche—, ni siquiera existe, o no es más que un vasto laboratorio fisiológico donde una ruda Naturaleza hace constantes experimentos». Arturo Balfour en 1890 decía que la conducta humana y la organización social están fundadas, no en el pensamiento, el cual progresa, sino en el sentimiento y en el instinto, los cuales permanecen casi estacionarios.

«La crítica socialista de la industria moderna también ha dañado nuestra fe en el progreso humano. Todos los esfuerzos hechos para exhibir palpables a la vista del pueblo las injusticias del presente tomaban la forma apologética de las edades olvidadas. Kropotkin, Carlyle, Pi y Margall, Morris, han trazado cuadros de la Edad Media, de sugestión romántica y subyugadora, que casi le hacen a uno envidiar la felicidad del siervo encorvado sobre la tierra...

Un escritor del diario LA LIBERTAD de Madrid se es-

fuerza también en demostrar que a las transformaciones de la industria en ningún modo corresponde una evolución moral. Frecuentemente oímos decir: «este invento ha de cambiar la faz del Mundo». Y esperan tranquilos una transformación total, íntima, orgánica. «En este sentido—dice el aludido periodista—hay motivos para mostrarse un tanto escéptico».

«Es seguro que cuando se inventó el martillo y se dió forma a la palanca y a la rueda, estas tres nuevas maravillas debieron dejar atónitos a los pensadores de entonces, si es que entonces los hubo, cual la radiodifusión los deja estupefactos a los actuales, si es que los hay. Las fuerzas del hombre aparecieron centuplicadas; los medios de producción de energías fueron elevados a la segunda potencia; los transportes se hicieron más rápidos. Ninguna de las anteriores conquistas de los hombres debió parecer tan fundamental...

»Y no cambió la faz del Mundo. Siguió habiendo señores y esclavos, hambre y dolor, luchas fratricidas y explotaciones del débil por el fuerte. Durante muchos siglos las costumbres parecieron variar a cada nuevo descubrimiento; pero, poco a poco, los que parecieron instrumentos de liberación concluyeron por ser nuevas armas, que utilizaron los poderosos para aumentar su fuerza y sostener su preponderancia.

»Lo mismo ocurrió cuando, casi simultáneamente, aparecieron las tres inmensas maravillas que señalaron el paso de la Edad Media a la Moderna. La pólvora iba a dar armas de defensa a los miserables; la imprenta, a educarlos y a hacer el pensamiento invencible; la brújula, facilitando el intercambio de hombres y de manufacturas entre los pueblos separados por el océano, iba a hacer imposibles la guerra y la tiranía. Al prin-

cipio una gran conmoción se hizo sentir en las conciencias y en las costumbres. Luego, más pronto que lo que se creyó, después de perseguir a los impresores y a los fabricantes de armas de fuego, la faz del Mundo, la verdadera faz, tornó a ser la misma. Se murieron los hombres como antes; las enfermedades fueron análogas y acaso algunas más; las injusticias fueron las que combatieron los grandes filósofos antiguos, y los vicios los mismos fustigados por Juvenal. Leed ahora mismo lo que el gran ironista celta dijo de los parástos en la «Sátira V», de la mala fe en la XIII o de las botas ferradas en la XVI, y veréis que parecen escritas para ser leídas en radiotelefonía por Medina o por Toreski a los oyentes de sobremesa. La famosa faz del Mundo es la misma que en los tiempos de Mesalina, del Renacimiento, de la Reforma, de la formación de las nacionalidades, de la Revolución, de la gran guerra y de la propaganda soviética, ni más ni menos que las moscas encontradas muertas en los sepulcros de los Faraones son idénticas a las que nos atormentan en los estivales balnearios. La faz del Mundo iba a cambiar cuando se inventó el arcabuz, cuando se puso en explotación el primer ferrocarril y cuando el telégrafo llevó las ideas de un extremo a otro del planeta con la celeridad del rayo. Y la faz del Mundo ha cambiado, porque todo cambia; pero sigue pareciéndose a la faz inicial, de tal suerte que no es posible desconocerla en sus rasgos, en sus líneas y en sus lastimosas asimetrías.

»¿Es que cabe negar el progreso? De ninguna manera. El progreso es notorio todos los días y a todas horas; pero es el progreso material. En cuanto al moral... El Mundo sigue con su faz impertérrita, y es muy de temer que ella no se altere, ni

siquiera con las gigantescas convulsiones del próximo y temido milenario».

«El mayor respeto a las prerrogativas de la personalidad humana en la época moderna no es consecuencia de la revolución política, sino de la evolución industrial». Tal asegura el articulista de EL LIBERAL. No deberá, sin embargo, alejarse mucho de su campo para tropezar con ideas adversas que le hablen del rebajamiento de la personalidad humana a consecuencia del maquinismo. También hemos de recoger aquí el eco de esas ideas, si queremos representarnos fielmente el ambiente en que vivimos.

En el diario madrileño EL SOL leemos: «La sociedad moderna hizo al pensamiento del hombre dueño de las fuerzas naturales y multiplicó en grado increíble las riquezas materiales... La sociedad moderna, con la libertad, rompió todas las trabas jurídicas que se oponían al espontáneo ejercicio del pensamiento y de la voluntad individuales y dió rienda suelta al hombre para que desarrollara impetuosamente todas sus actividades. La sociedad moderna reconoció con la democracia la soberanía popular, el derecho del hombre a regir sus propios destinos, en un plan de absoluta igualdad y sin privilegios para nadie. Y con la gran industria, la sociedad moderna sustituyó la energía muscular humana por la máquina y multiplicó el rendimiento del trabajo en inverosímiles proporciones.

»Pero todas esas extraordinarias ventajas que la sociedad moderna puede atribuírse, todas esas invocaciones a la personalidad del hombre y esos tributos a su poder tuvieron por precio, ¡paradoja cruel!, el sacrificio de todo cuanto era íntimo, vital y entrañable en el hombre... Y hoy, al vernos rodeados de frías

abstracciones y de rígidos mecanismos, al percatarnos de que en la convivencia social se halla ausente toda cordialidad, toda simpatía humana, nos preguntamos: ¿Dónde está el hombre? ¿Es que la sociedad no ha de ser un conglomerado de hombres, de hombres completos, en toda su integridad y con todas sus potencias espirituales y corporales?»

Se ve, pues, que no todos están conformes en admitir que la personalidad humana ha salido ganando con el desarrollo de la industria.

¿Qué entendemos por personalidad?

Personalidad es lo más íntimo y lo más importante de un hombre, inaccesible a los demás hombres.

A este respecto podemos distinguir en nuestro ser tres zonas: lo natural, lo social y lo personal.

Lo natural (somático, fisiológico, psico-físico) nos sitúa en el plano del mundo material y orgánico, y nos relaciona con los tres clásicos reinos de la Naturaleza. Pesamos, vegetamos, sentimos.

Lo social o público, que adquirimos mediante la educación, nos incorpora al ambiente colectivo de nuestro pueblo y de nuestra época. Nuestros pensamientos, nuestras querencias y nuestro lenguaje van generalmente cargados de historia y nos articulan con ella (1).

Lo personal—primaria y típicamente humano—se edifica sobre el bagaje natural y social que llevamos, y su actuación más importante consiste en escrutar lo que somos y en confron-

(1) J. M. de Barandiarán: *Nacimiento y expansión de los fenómenos sociales*, págs. 45-48. Vitoria, 1925.

tar nuestro ser actual y pretérito con un ideal. Reavivando así en nuestra intimidad la conciencia de este ideal o plan de vida, estimulamos nuestra actividad hacia una labor de cultivo o de elaboración de la propia cultura, con que logremos superar en nosotros la naturaleza y las inferencias colectivas. Por las dimensiones de este ejercicio puede, en cierto modo, apreciarse la cuantía de nuestra vida personal.

Muchos hombres apenas poseen una tenue e ingrátida personalidad. Su conducta está determinada por las influencias del mundo material y del ambiente público. Nada crean. Siempre marchan a la deriva, impulsados por los acontecimientos, como deslizándose cómodamente río abajo en su piragua. En muchos casos puede afirmarse de ellos que son puramente cosas, puesto que su vida personal es casi imperceptible.

Hay diversos grados y modos de corresponder a las sugerencias del ámbito social, como ya lo dije en otra ocasión. «Personas hay que prontamente mudan de rumbo, y envolutan su conducta bajo la influencia de la colectividad. Les gusta ir en la vanguardia de toda empresa nueva, atentos sólo a las sugerencias de la última hora sin detenerse a pensar si su conducta va a ser razonable o desatinada». «Otros, en cambio, obedecen perezosamente a las excitaciones del ambiente, y en ciertos aspectos de la cultura viven enquistados en formas sociales anticuadas. Los tales perpetúan entre nosotros los modos de ser y de pensar propios de épocas remotas, matizando su vida de un tono paleolítico, a ratos excesivamente sombrío» (1). Unos y otros actualizan sus potencias en función de los estímulos que reciben del exterior.

(1) IDEARIUM, n.º I, págs. 20-21.

En nuestros días asistimos a una fuerte invasión de lo social en el ámbito de la vida personal con la consiguiente debilitación de ésta. Ejemplo: la sustitución de las industrias privadas por la gran industria donde se forjan en serie los artefactos y los moldes en que se troquelan los estilos y los gustos; la de las relaciones personales entre el obrero y el patrono por las de una colectividad (patronal) con otra (sindical obrera), etc.

Leemos finalmente en EL LIBERAL:

«Cada pueblo—dice Gustavo Le Bon—, cualquiera que sea su nivel cultural, posee una constitución mental tan fija como la anatómica y un conjunto indestructible de ideas, tradiciones, sentimientos y modos de opinar que son la herencia inconsciente de sus antepasados, sobre la cual no hace mella el argumento más incontestable».

*Esto, en efecto, decía poco más o menos Le Bon en la página 23 de su obra Lois psychologiques de l'évolution des peuples*¹⁷ (Paris, Alcan, 1922) que el articulista de EL LIBERAL no cita.

*Pero en otra obra (Psychologie des foules*³¹, pág. 75. París, 1925), dijo también Le Bon estas palabras: «Ninguno ha sostenido jamás que la instrucción bien dirigida no pueda dar resultados prácticos muy útiles». Y en otro lugar del mismo libro (pág. 82) decía así: «La enseñanza dada a la juventud de un país permite prever los destinos de este país... Con la instrucción y la educación mejora en parte o se altera el alma de las multitudes... La escuela forma hoy en día los descontentos y los anarquistas y prepara para los pueblos latinos las horas de decadencia».

Es decir, que la constitución mental de un pueblo no es

tan fija e indestructible que no le hagan mella los argumentos que proporcionan la instrucción y la educación.

¿Por qué el articulista de EL LIBERAL recordó las palabras de la primera obra de Le Bon que favorecían su teoría, y no citó las de la segunda que la desmentían?

J. M. de B.